

La Literatura Argentina*

Orígenes - Evolución
Períodos - Influencia
Caracteres

I.

El estudio de la Literatura Argentina, omitida hasta hoy en el programa de nuestras universidades, es una asignatura cuya fundación se hacía indispensable para completar el conocimiento de nuestra formación nacional. Las cátedras de antropología americana, de filología indígena, de cartografía histórica, de fauna y flora regionales, funcionaban en institutos diversos, dando a nuestros universitarios la conciencia del país, por los elementos primordiales de su tierra y de su hombre. Era sin duda anomalía sorprendente, que nuestras aulas de estudios superiores no enseñaran, al par de las antedichas disciplinas, la evolución de nuestras fuerzas espirituales y de las formas literarias que las habían fijado. Apenas si las cátedras de ciencias sociales mostraban, desde años atrás, la formación de nuestras instituciones políticas, complementadas, en más recientes años, por las cátedras de ciencia y legislación escolares. Pero nuestros sistemas de educación, en su doble faz didáctica y jurídica, y nuestros sistemas de gobierno, a través de las luchas sangrientas que los organizaron, no bastarían, por sí solos, para revelar la vida íntima del alma argentina, sin las secretas corrientes de ideas, de pasiones y de emociones que a aquella alma animaron. Forma visible y perdurable de esas secretas corrientes que elaboran la conciencia y la cultura de un pueblo, son los monumentos de su literatura; y puesto que nosotros los poseemos, era una anomalía no estudiarlos en la Universidad, donde se forman las clases dirigentes de la nación. Semejante anomalía se explica, no por un error activo de quienes han gobernado nuestra educación, sino por lo reciente de nuestro pasado bárbaro, por

* Conferencia leída en la Facultad de Filosofía y Letras el día 7 del corriente [junio de 1913] al inaugurarse la cátedra de *Literatura Argentina*.

Nota de esta edición: Publicada en la revista *Nosotros*, año VII, junio de 1913, n° 50, p. 337-364. En la transcripción se ha respetado la ortografía original.

lo novísimo de nuestras instituciones docentes, por lo premioso de nuestra labor en otros campos de la vida social, que apenas si en el último lustro nos ha permitido hacer balance reposado de toda nuestra historia, y ver que aún en medio de las luchas cruentas de la montonera y la dispersión aciaga de la tiranía, habíamos estado elaborando los documentos literarios de nuestra cultura y la conciencia de nuestro porvenir. Así se comprenden en la prosa el “Facundo” y “Las Bases”, y en la poesía el “Martín Fierro” y la “Atlántida”. Estudiar esos documentos, en confrontación con el medio donde aparecieron y con el ideal estético o filosófico que buscaron, tal es la obra importante que en esta Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires me propongo iniciar. Después de haber incorporado a sus planes el estudio de nuestra formación territorial, de las razas indígenas, de su arqueología y sus idiomas, de nuestras instituciones sociales, completamos ahora el cuadro de las asignaturas genuinamente “argentinas”, con la cátedra de “Literatura Nacional”. Su fundación señala un nuevo rumbo y abre un nuevo período en la historia universitaria de nuestro país. El maestro que la inaugura esta tarde, deberá no solamente dictar sus lecciones, sino crear esta nueva asignatura. Se me entrega una cátedra sin tradición y una asignatura sin bibliografía. Maestro y alumnos debemos entrar en este nuevo campo de los estudios argentinos, disipando muchas leyendas, rectificando numerosos errores, desvaneciendo tradicionales prevenciones y descubriendo, acaso, valiosas noticias en olvidados archivos, como los que dejaron Seguro, Olaguer Feliú, Mitre, Lamas, Trelles, Bustamante o Juan María Gutiérrez. Hay en todo ello dificultades que comprendo, y traigo a esta casa, no la presunción de mi ciencia, sino mi vocación patriótica y mi experiencia literaria, puestas ya otras veces, en tribunas y libros, al servicio de los ideales que la nueva cátedra representa; y creedme que no me arriesgaría a ello, si no hubiera mediado la invitación espontánea de un hombre tan ponderado como el ex Decano doctor Piñero, la acogida del nuevo doctor Rivarola, y la confianza que acaba de infundirme una palabra tan prestigiosa en las letras argentinas, como lo es la del poeta don Rafael Obligado.

En el sistema general de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, la cátedra de Literatura Argentina tendrá que ser la conjunción ideal de las dos grandes ramas de sus estudios; de un lado las materias de entonación nacional: paisajes, hombres, árboles, trajes, voces, mitos, emociones, cuanto constituye la tierra y el

alma nativas; del otro lado las materias de entonación universal: ideales políticos, sistemas filosóficos, formas estéticas, cuanto constituye el fondo generoso y humano de la civilización greco-latina. He ahí por qué antes decía, que al estudiar los documentos de nuestra historia literaria, se deberá hacerlo en confrontación con el medio donde surgieron, reflejado casi siempre en su asunto; y en confrontación con el ideal filosófico o estético que buscaron, reflejado casi siempre en las formas y el arte de la composición.

II.

No acertaría quien pretendiese explicar nuestra evolución literaria por los métodos o sistemas que eximios críticos europeos, como Macaulay, como Taine, han ideado para explicar literaturas más antiguas y orgánicas que la nuestra. Lo breve de nuestra historia, y la abundancia de elementos foráneos que han venido a fundar nuestra civilización –comenzando por el idioma castellano de nuestras letras- bastarían para requerir una substitución del instrumento crítico en la explicación de nuestro fenómeno literario. En cualesquiera de las naciones europeas, el suelo, la raza, el idioma y su literatura, se funden en una sola unidad. Es como si los unos nacieran de los otros, y todas se complementan y explican en armonioso ciclo. La raza pudo tener su origen en migraciones y conquistas, como en la Inglaterra de sajones y normandos, o en la España de celtas, suevos, latinos, godos y árabes; pero tales orígenes se pierden en lo remoto del tiempo, y la raza se identifica con su tierra nativa. Aquellos pueblos, desmembrando imperios o reuniendo feudos, precedieron a la nación que fundaron, y fue expresión de su alma y rasgo de esa nación, el idioma por ellas elaborado. Aquellas lenguas nacionales pudieron tener su origen en otros idiomas de anteriores conquistas, como el francés y el castellano actuales, respecto al latín de los Césares, pero una vez formados, ya revelaban nuevas calidades fonéticas y espirituales, propias del clima y de la raza donde habían nacido. Así también de suelo, raza y lengua, brotaron las literaturas nacionales; y algo como una misteriosa corriente de la vida cósmica, semejante a la savia que sube de la raíz a la flor, subió de las entrañas de la nación a los ritmos de la estrofa y a las figuras de la fábula. Por eso un documento como la “Chanson de Roland” o el “Cantar del Myo Cid”, es no sólo documento de literatura nacional, sino de filología nacional y de política nacional, en el pueblo

a que pertenecen. Por eso, de pronto, unos pocos versos hacen pasar a un tiempo ante la mente, la tierra, el idioma, la raza, la religión, la gesta de la raza que forjó el poema y el habla del poema: (v. 726-731).

*Veriedez tantas lanças premer et alçar,
Tanta adágara foradar et paffar,
Tanta loriga falffa desmanchar
Tantos pendones blancos falir vermelos en sangre,
Tantos buenos cauallos sin fos duenos andar.
Los moros laman Maformat et los Christianos Sant Yague.*

Esta unidad a que aludimos, de la lengua, la raza y la literatura, no presentan sólo las naciones de la Europa moderna: podríamos puntualizarla también en el extraordinario florecimiento clásico de griegos y latinos. Por el contrario, carece de ello la literatura de nuestro país. Nosotros escribimos en un idioma de trasplante, que la España conquistadora legó a la América ya formado, y que nosotros hemos renovado, pero no transformado ni corrompido en nuestra literatura. Los siglos XVI y XVII fueron para la metrópolis el período de su esplendor intelectual, y corresponde, por sincronismo, a sus fundaciones más duraderas –la lengua, la familia, las ciudades– en sus colonias del nuevo mundo. Después de 1810, momento inicial de la emancipación americana, el idioma ha seguido una evolución común a todas las naciones en que se dividió el antiguo imperio de Carlos V. Llegará un día en que la historia literaria de nuestro idioma abarque la extensión territorial de aquel deshecho imperio, y comprenda la vida mental de todos los pueblos que tuvieron a España por metrópoli. Algunos actos de la crítica contemporánea parecen augurarle así, entre ellos la “Antología de los Poetas Líricos Americanos” y el “Horacio en España”, ambas obras del esclarecido humanista don Marcelino Menéndez y Pelayo; y como las suyas, algunos libros sudamericanos que parecen tender a ese propósito de crear un imperio, una raza, una ciudadanía internacionales dentro del idioma.¹ Ese período ha de llegar, por obra de

1 El propio autor de esta monografía ha escrito un libro inspirado por esos propósitos: “El alma española”, trabajos de crítica literaria, Sempere, 1908.

tales ideas, o como forzosa consecuencia de progresos materiales, en población, vialidad, comercio. Pero, entre tanto, nuestras naciones necesitan hacer la historia crítica de su evolución literaria; y he aquí que al intentarlo, como en el caso de la República Argentina, la conciencia nacional tropieza con la apuntada dualidad entre un territorio que nos pertenece exclusivamente y un idioma que nos pertenece en común con otras naciones donde se lo habla con igual derecho y por iguales causas que entre nosotros mismos.

Definir la extensión de nuestro dominio literario dentro de los vastos dominios internacionales del idioma patrio, tendrá que ser una de las cuestiones previas que plantee y resuelva la historia crítica de nuestra literatura. Casi me atrevo a decir que un curso sobre el Idioma Castellano tendrá que ser la introducción indispensable a un curso razonado sobre la literatura de la República Argentina, o de cualquier república sudamericana: –verdadera historia de nuestro idioma, –instrumento adventicio de nuestras literaturas, –en el cual se mostraría su origen, su doble proceso de formación cronológica a través de ocho siglos, de extensión geográfica a través de dos mundos; se explicaría la decadencia y suplantación de las lenguas indígenas; se propendería a formar una conciencia de nacionalidad literaria dentro de ese internacionalismo del idioma, y a vigorizar la conciencia de la lengua castellana, tan declinante en los pueblos del Río de la Plata. Así llegaríamos a explicar, por motivos de ambiente, ciertos casos de escritores argentinos que han desertado al francés, como tienden a desertar hacia el inglés en las regiones setentrionales de Hispano América. Me refiero a libros en prosa como “Les races ariènnnes du Pérou”, del doctor Vicente F. López o “Les Origines Argentines” del señor Roberto Levillier, y a los libros en verso, como “Simplement...” de la señora Delfina Bunge de Gálvez y “Jardins de France” del señor José María Cantilo. ¿Pues cuál es el criterio con que un historiador de la literatura argentina debería considerar estos libros, argentinos por sus asuntos o por sus autores, y extranjeros por la lengua en que fueron escritos? ¿Qué causas de educación o de ambiente les movieron a abandonar el idioma nativo? ¿Hasta dónde el idioma de la nación define la argentinidad de su literatura, y hasta dónde se la define por la cuna de sus autores o la índole de sus obras? He ahí las cuestiones que ese curso de “Introducción” definiría, y que no sería posible definir de una manera científica y ecuánime, sino estableciendo un criterio general sobre el significado de la lengua castellana dentro

de la nacionalidad argentina y el significado de la literatura argentina dentro de la lengua castellana.

III.

Una segunda cuestión se ofrece a nuestro paso, y es el valor que debemos reconocer al territorio argentino en la definición nacional de nuestra literatura y el que debemos reconocer a nuestra historia política con respecto a nuestra historia literaria.

Es sabido que el nombre de “argentina”, que designa como gentilicio a nuestra nación, y adjetiva sus atributos colectivos, viénele del territorio que habitamos, o más bien de su Río de la Plata que embelleció de leyenda esta parte de la Conquista y bautizó, por el influjo epónimo de sus aguas, las comarcas australes que ellas bañaban².

Pero es sabido también, que las tierras llamadas “argentinas” han variado a través de la historia, y que al variar, disminuyendo, han pasado de la vaguedad quimérica de los siglos coloniales, a la precisión de los actuales cálculos planimétricos. En el siglo XVIII eran argentinos el Uruguay, el Paraguay, el Sud de Bolivia. En el siglo XVII las provincias de Cuyo eran chilenas y Chile era peruano. La creación del Virreinato de Buenos Aires, la erección de la Junta de Mayo, la fundación de Bolivia, la segregación del Uruguay y del Paraguay, serían, pues, acontecimientos importantes para la clasificación de obras y autores, si incurriéramos en el error de adoptar las fechas de la historia externa o política para definir fenómenos de orden espiritual, como son los de la historia literaria, y para clasificar por los azares dramáticos de la guerra, el regionalismo, substancial, por su origen, de las obras y sus autores.

Es un error asaz generalizado en nuestras esferas didácticas y literarias, ese de creer que la argentinidad comienza cronológicamente el 25 de mayo de 1810, y que su proclamación en el cabildo de Buenos Aires significaba la negación de todo lo español que nos había precedido en los años germinales de la colonia.

² Véase el desarrollo extenso de esta idea en mi libro “Blasón de Plata”, (1ª edición, en “La Nación” del Centenario –2ª edición, I volumen de 250 págs. –Martín García, Buenos Aires, 1912).

Yo mismo he tenido ocasión de controvertir esa idea ante el Consejo de Educación, con motivo de la proyectada “Antología de autores argentinos”, que interesaba directamente a la propia cuestión que ahora señalo. ¿Olvidaremos que la argentinidad no está constituida solamente por el estado y las instituciones políticas soberanas que entonces deseábamos fundar y que no conseguimos fundar sino varios lustros más tarde? ¿Olvidaremos que el cabildo emancipador era de origen colonial, y que hasta el año 12 las armas de la patria combatían bajo las banderas del Rey? ¿Las ciudades revolucionarias no eran españolas, acaso? ¿No era, al fin, castellana, la lengua de la “Gaceta” de Moreno y del “Himno” de López?

Resulta todo eso, en verdad, una concepción demasiado pueril de nuestra nacionalidad y de su historia.

La argentinidad está constituida por un territorio, por un pueblo, por un estado, por un idioma, por un ideal que tiende cada día a definirse mejor. Ahora mismo, con estas breves páginas, estamos tratando de definirlo.

Pertenecen, pues, a la literatura argentina, todas las obras literarias que han nacido de ese núcleo de fuerzas que constituyen la argentinidad, o que han servido para vigorizar ese núcleo.

Según ese criterio, deben entrar en la materia de nuestra historia literaria, libros de historia como “La Argentina” de Ruy Díaz de Guzmán; como “La Argentina”, el poema de Barco Centenera; como “El Lazarillo de Ciegos Caminantes”, la crónica de Concolorcorvo. Acaso tengan más derecho a ello, los españoles que antes de 1810, describieron o embellecieron con sus obras la vida colonial, que los argentinos como Ventura de la Vega, cuya vida y cuya obra, pertenecen a la historia literaria de España, por más que los escritores de aquende y allende el océano, suelen incluirlo en la nuestra, según lo hace Menéndez y Pelayo, al transcribir los siguientes versos de 1857:

*La madre España en su seno
Me dio acogida amorosa;
Suyo fui; mas siempre yo
Recordé con noble orgullo,
Que allá mi cuna al arrullo
De las auras se mecía.*

*Mientras rencor fratricida
 Ardió en uno y otro bando,
 Mis lágrimas devorando
 Calló mi musa afligida.
 Hoy que a coyunda tirana
 Suceden fraternos lazos,
 Y España tiende los brazos
 A la América su hermana;
 Bañado en júbilo santo,
 Yo, americano español,
 A la clara luz del sol
 La unión venturosa canto.
 Ven, inspiración divina.
 Que yo a mi laúd sonoro,
 Añado una cuerda de oro
 Para la gloria argentina.³*

El caso de Ventura de la Vega es singular en nuestra literatura, porque nació antes de la Revolución (1807), se educó en España y se incorporó, por su persona y su obra, en las corrientes históricas de la literatura peninsular. Pero aún desechado este caso de excepción, creo que es el criterio de amplitud nacional antes definido, el que mejor nos conviene para trazar nuestra evolución intelectual, tan sometida a influencias y contingencias externas, y no el error o vanidad patriótica que lo restringe cronológicamente a los términos de 1810, y geográficamente a los autores y obras nacidos dentro del territorio nacional. No olvidemos que la “Representación de los Hacendados” de Moreno, el “Triunfo Argentino” de López, la “Oda al Paraná” de Labardén, son anteriores a la Revolución. No olvidemos que el “Facundo”, las “Bases” y “La Gloria de Don Ramiro”,

3 Propiamente, no nos añaden mucha gloria estos rípidos versos, pero los cito aquí, como Menéndez y Pelayo en el tomo IV de la “Antología” por la actitud espiritual que ellos definen; pero no debemos olvidar que se trata de unos versos de álbum, o sea que su patriotismo es de ocasión.

han sido escritos en el extranjero. No olvidemos que extranjeros como Jacques, Groussac y Rubén Darío, incorporando su obra a nuestro patrimonio intelectual, han contribuido a la formación de nuestro ambiente literario y de nuestra cultura artística. Es, pues, el espíritu mismo de la nacionalidad, y no los elementos parciales que la constituyen –territorio, política, ciudadanía, etc.-lo que debe servirnos de criterio cuando clasifiquemos la materia literaria y querramos fijar la extensión de esta asignatura.

IV.

Aun aceptada la proposición que hace nacer en 1810 nuestra evolución literaria, como sincrónica de nuestra evolución política, no podríamos comprender a los autores que aparecen de pronto en medio de la Revolución para cantarla o para justificarla, si no explicáramos las condiciones precedentes en que se formó su cultura. ¿Cómo definir la versación racionalista de Moreno y de Monteagudo, la filosófica de Gorriti y de Funes, la clásica de Varela y de López, si no explicamos el ambiente colonial, y, sobre todo, la inmediata, profunda renovación de la cultura que ampararon aquí virreyes como Vértiz y allá ministros como los de Carlos III? Podría afirmarse, y hasta probarse, que no hubo durante el período colonial una literatura propia del Río de la Plata, pero no podría negarse que hubo una educación filosófica y literaria, cuyo centro estaba en las aulas de Córdoba y de Chuquisaca; y aquí en Buenos Aires, en el Colegio Carolino, en el “Telégrafo Mercantil” [,] en la Casa de Comedias, en la propia Sala del Virrey, y en torno de personalidades como Agüero, Maciel, Labardén, Chorroarín, -maestros cuya influencia pareció sobrevivir en el alma serena de Diego Alcorta, en cuya cátedra se formaron más tarde muchos de los mejores patricios de la expatriación, como Mármol y López (V.F.) lo han reconocido.

Aceptada la fecha liminar de 1810, los siglos coloniales que la preceden, pueden ser estudiados como el período de “los Orígenes”, pues comprende el trasplante del idioma castellano, y la literatura de los claustros, como las crónicas jesuíticas de Lozano y Guevara, o los relatos profanos, como los “Comentarios” de Alvar Núñez y el ya citado “Lazarillo”. Esta tímida corriente de cultura se acentúa después en la Universidad de Córdoba y el Virreinato de Vértiz, y concluye, con su misma estructura latinista y teocrática, en los días augurales de la Revolución.

Incluido ese período colonial, nuestra historia literaria puede dividirse, para su mejor exposición didáctica, en los siguientes ciclos:

- 1º Los Orígenes;
- 2º La Revolución;
- 3º La Proscripción;
- 4º La Organización;
- 5º La Actualidad.

El período de “los “Orígenes”, ha de permitirnos definir lo que entendemos por argentinidad, coeficiente de una tierra, un hombre, un idioma y una cultura que al fundirse aquí en el Plata de maneras nuevas en la historia, generaron este fenómeno nuevo que llamamos pueblo y la civilización argentina. Esta será la ocasión de caracterizar el medio físico, no sólo como crisol de una nueva sensibilidad humana, sino como tema de nuevos cuadros en la literatura. Veremos entonces con qué elementos se incorporó la raza indígena a nuestra civilización, para saber lo que resta de sus caracteres en “Siripo”, de sus leyendas y su vocabulario en “Martín Fierro”, pongo por caso. Analizaremos también cómo se trasplantó el castellano a América, qué métodos lo hicieron triunfar, cómo se sobrepuso a las lenguas indígenas, y lo que de éstas ha sobrevivido en el léxico literario –sustantivos de la fauna y la flora, comúnmente– y lo que ha sobrevivido como flor de nuestro *folk-lore*, de aquellas incipientes literaturas aborígenes. Estudiaremos, por fin, las condiciones de la cultura colonial, y así, al paso que definamos la argentinidad, estableceremos cuáles fueron las primeras manifestaciones de la poesía épica con la *Argentina* de Barco Centenera, de la crónica con Ruíz Díaz, de la oratoria y el teatro sagrados, de la prosa científica, abundante en la obra de filólogos y viajeros.

El período de “la Revolución”, tiene los caracteres épicos del vibrante lapso que corre de 1807 a 1830. Quizá pudieran restringirse más sus términos, y encerrar ese lapso entre las fechas más definidas de 1810, año de la deposición del Virrey, y 1820, año de la disolución nacional, según la terminología aceptada por todos nuestros historiadores políticos. Yo he preferido esas otras fechas más distantes, porque el año 1807, a raíz de las invasiones inglesas, la alborada de la poesía patriótica, y el poeta que cinco años más tarde va a componer la Canción Nacional, es el mismo que en aquellas gloriosas vísperas del Virreinato había

cantado el “Triunfo Argentino”. Igualmente, en la década que corre de 1820 a 1830, flota aún, siquiera intermitente y debilitado, el hálito heroico de la década anterior, y no se puede considerar todavía abierto el ciclo siniestro de las proscripciones y de la Tiranía, cuya hora trágica iba a sonar en 1840. Los géneros característicos del segundo período, fueron la oratoria con Paso, Castelli, Moreno, Monteagudo; el periodismo con Agrelo, Moreno, Monteagudo, Funes, Castañeda, Fray Cayetano; la poesía civil, de asunto heroico o político, con López, Lafinur, Luca, Rojas, Varela, Fray Cayetano, etc.; la canción popular con Lamadrid, López y poetas anónimos; el epistolario y las memorias con casi todos los próceres de la emancipación, tales como San Martín, Belgrano, Manuel Moreno, La Madrid, Paz, Guido, etc. Son los rasgos generales de este período, la inspiración de la libertad como móvil y asunto, y la imitación a los modelos clásicos como forma. Perduraba en este último la educación virreinal; manifestábase en lo primero el fuerte ideal de patria que estallara en 1810, enaltecendo tantos hombres antes oscuros, hasta las cimas del heroísmo en la acción y de la elocuencia en la palabra.

V.

La tiranía de Rosas ha sido considerada siempre por nuestros historiadores como la época más nefanda y estéril de nuestro país. Es, acaso, un concepto que llegará a reverse, si no comienza a reverse ya. Esa es aún “la noche de nuestros tiempos”, como la Edad Media lo era en la historia de Europa. La tiranía ha sido nuestra “edad media”, y por eso es una edad de germinación, de preñez, de sangre, de parto y de dolor. Edad siniestra para la libertad y la cultura, ella nos ha enseñado por el despotismo, el valor de la inteligencia y de la ley. El imperio de Rosas tornó siniestra y desolada la vida dentro de nuestro territorio; pero es que el ideal argentino había ido, con sus grandes proscriptos, a refugiarse en Montevideo, en Bolivia, en Chile, en Francia, y es allá donde debemos estudiarlo. Por eso le he llamado a este período de “la Proscripción” y no de “la Tiranía”. Sarmiento, Mitre, López, Varela, Alberdi, Mármol, Gutiérrez, Rivera Indarte, Echeverría, son los proscriptos de aquel período y los hacedores de nuestra literatura en esos años románticos. Período que va desde 1830 hasta 1850, o si queréis desde la ascensión de Rosas hasta el advenimiento de Urquiza, es, sin duda, el más sombrío de nuestra historia política, pero es, asimismo, el más brillante de nuestra historia literaria.

Ya veis cómo los ciclos de evolución literaria, no siempre son paralelos y sincrónicos a los ciclos de evolución política. Las letras forman parte de la cultura, y por consiguiente de la historia interna de un pueblo; las guerras y los gobiernos, son apenas la faz visible y dramática de su historia exterior. A una tiranía que conculca la libertad, corresponde a veces un renacimiento vigoroso del ideal, por el ansia de reconquistar la libertad perdida. Es lo que ocurrió entre nosotros: Rosas, jupiterino, engendra a Sarmiento prometeano. La Junta de Mayo realizó la revolución en los hechos; la Proscripción la realizó en las ideas. Por eso el programa democrático de 1810 no pudo formularse, definirse y practicarse, sino después de 1852. Mayo es un ideal y una pasión; Caseros, un sentimiento y una idea. Este sentimiento y esta idea se han elaborado en los duros años de la proscripción, y su proceso queda, para nuestra historia literaria, en yambos y panfletos. En 1810 la pasión revolucionaria nacía de la cabeza del país contra el enemigo interior, que eran Rosas y la barbarie. Para llegar a esa síntesis –que ha de ser el resorte moral del siguiente ciclo, –fue menester que el despotismo enseñara de patria y de civilización, por el dolor de haberlas perdido. Por eso mezclábase una angustiada pasión a la obra de los proscriptos. La emoción de la patria y del amor hiciéronse melancólicos. Los poetas veíanse con frecuencia ausentes por igual de sus hogares y de sus novias. Así Juan Cruz Varela, en 1838, sollozaba, más bien que cantaba, las efemérides de la Revolución:

*¡En vano se abrieron de oriente las puertas!
Como en negra noche mudas y desiertas,
Las calles y plazas y templos están!*

*Sólo para escarnio de un pueblo de bravos,
Bandas africanas de viles esclavos
Por calles y plazas discurriendo van.*

*Su bárbara grita, su danza salvaje
Es en este día meditado ultraje
Del nuevo caribe que el Sud abortó.*

*Sin parte en tu gloria, Nación Argentina,
Tu gloria, tu nombre, tu honor abomina:
En su enojo el cielo tal hijo te dio.*

*Feroz y medroso desde el hondo encierro
Do temblando mora, la mano de hierro,
Tiende sobre el pueblo mostrando el puñal.*

*Vergüenza, despecho y envidia le oprimen;
Los nombres de Mayo son nombres de crimen
Para este Ministro del genio del mal.*

Así también en Mármol, truécase el canto heróico en cívico rugido. Así en Echeverría, los infortunios del destierro, ensombrecen en todos sus poemas la visión del Plata. Un soplo trágico atraviesa nuestra literatura de aquel tiempo. La vida de cada uno se agiganta, y cada proscrito es el protagonista de un hermoso drama, fugitivo de las cárceles de su patria, errante sobre mares borrascosos, y mendigo a la puerta de las patrias hermanas. El periodismo degenera en una rabiosa mazorca de la civilización, y excede la agresión hasta la calumnia, por los panfletos agrios de Rivera Indarte. Y a sus gritos que claman al otro lado del Río, parecen formarles eco al otro lado de la Cordillera, el clamor de Ajax de Sarmiento. Los pensadores como Alberdi o Mitre, meditan; pero pronto ven que el análisis retarda el descubrimiento de la verdad, y su febril impaciencia, se da más bien a descubrirla en el sobresalto vidente de su propia pasión, como viajero que en la tempestuosa noche mira su camino en la selva, al resplandor soslayado del relámpago. Y así aparece el “Facundo”, en Chile, bajo un arranque de furor patético, del que se ve la huella en las palabras de la “Introducción”: “Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte...”. El “Facundo”, como se sabe, fue también un panfleto en sus orígenes; panfleto que resultó después historia, poema, romance, cartilla y biblia.

No se ha mostrado aún, de una manera sistemática, ese drama de la proscripción. Lo conocemos por sus anécdotas y por el detalle biográfico de sus principales protagonistas. La historia de la Literatura Argentina deberá no sólo

catalogar y estudiar la obra de sus publicistas y sus poetas, sino rastrear la influencia que ellos ejercieron en las sociedades hospitalarias que los acogían; aquilatar la acción de aquellas sobre la cultura y el destino de esos sublimes aventureros a quienes nos los devolvió estadistas, escritores y soldados; y reconstruir, por fin, el lazo ideal que a todos los unía, ya estuviesen en París, en Valparaíso, en Montevideo, en Guayaquil o en Río, formando de ellos una fraternidad de videntes.

Cuando pasó Sarmiento para Europa, en viaje desde el Pacífico, conoció a Echeverría en Montevideo. En una de sus cartas le juzgó despectivamente, parece que herido en su vanidad por desatenciones de este último. Sabedor Echeverría, escribía el 12 de junio de 1850 a su amigo Alberdi, que estaba en Chile: “Hago muy poco caso de los elogios de Sarmiento, porque ni entiende de poesía ni de crítica literaria; pero han debido herirme sus injurias, *porque soy proscripto como él y le creía mi amigo*. Me ha dicho en letra gorda lo que la “Gaceta” y el “Archivo” no se han atrevido a decirme, calificando mis escritos políticos de *lucubraciones*, y me ha declarado ex cátedra, cual otro Hipócrates, *enfermo de espíritu y de cuerpo*, lo que equivale a decir que valgo como hombre y como inteligencia, poco menos que nada.” –El arbitrario Sarmiento había considerado al “lucubrador” Echeverría casi como “un tonto”, y éste se vengaba diciendo en esa misma carta: “Sarmiento camina para loco”, anticipándose con ello a la fama que alcanzaría diez años después. Y agregaba: “Sólo extraño una cosa, y es que no haya yo tenido en Chile un amigo que me defienda; y que estando Juan María al lado de Sarmiento, haya permitido que se escriba de ese modo contra un hombre que fue su amigo y que vive en la proscripción por patriota, sufriendo como pocos”.⁴ Pero tales incidentes eran excepción; y el genio blando y receloso del enfermizo Echeverría, también lo era en aquella titánica falange de los emigrados. Aun siendo así, la razón que hacía valer, era la de ser un proscripto. En efecto, la proscripción los unía. Se hacían la caridad de sus vestidos, de su mesa, de su vivienda. Autodidactas como eran, se corregían sus trabajos, se prestaban sus libros, se instruían recíprocamente. Alberdi dice en sus “Memorias”: “En este tiempo contraje relación estrecha con dos ilustradísimos jóvenes que influyeron mucho en el curso ulterior de mis estudios y aficiones literarias: Don Juan María Gutiérrez y don Esteban Echeverría.

4 Alberdi, *Obras Póstumas*, Tomo XV.

Ejercieron en mí ese profesorado indirecto, más eficaz que el de las escuelas, que es el de la simple amistad entre iguales. Por Echeverría, que se había educado en Francia durante la Restauración, tuve las primeras noticias de Lerminier, de Villemain, de Víctor Hugo, etc....". Así era la hermandad de la proscripción. Los 25 de Mayo y 9 de Julio se reunían, presididos por el general Las Heras, a conmemorar la fecha los proscriptos de Chile. Alberdi era entonces amigo de Sarmiento y de Mitre. Las rivalidades y los odios de partido vinieron más tarde, después de Caseros. Mientras el dolor de la patria los unió en el destierro, todos formaron una sola familia. Pocos sucesos hay más hermosos que la proscripción del tiempo de Rosas, ni tan eficaces como enseñanza, para edificar a la juventud de las aulas, en el culto de la patria, de la belleza y de la libertad.

VI.

El cuarto ciclo de nuestra evolución literaria, es el que he llamado de "la Organización". Arranca en Caseros con la caída de Rosas, y podríamos asignarle por límite el año 1880, con la federalización de Buenos Aires. Le he llamado el período de la Organización; pero bien querría llamarle de "la Reorganización". En efecto, las guerras de la independencia, las depredaciones de la montonera, la neurosis del tirano, la proscripción de los hombres más doctos, habían desolado, empobrecido y anonadado a la sociedad argentina; pero esta sociedad había tenido antes una "organización", en tiempos del virreinato, con caminos, postas, fortunas, salones, escuelas, industrias, paz. En cuarenta años, el ejército había degenerado en montonera, el héroe en caudillo, el virrey en tirano, el campo de la epopeya en pampa de la barbarie. Destronado Rosas, los proscriptos volvieron a reconstruir la sociedad y el estado, a organizarlos sobre "las bases" de la libertad democrática. Eran las "Bases" que Alberdi acababa de formular para la Constituyente. Su libro era el resumen inteligente y oportuno de las ideas que se habían agitado en la prensa de Chile y del Uruguay, durante los años del destierro. Los proscriptos volvían a la patria y entraban en un nuevo período. De demolidores se hacían edificadores. De ahí la polémica de Alberdi con Sarmiento sobre los deberes de la prensa. De ahí el programa pedagógico de Sarmiento. De ahí las altas lecciones cívicas de Mitre en la "Historia de Belgrano". De ahí los trabajos análogos de López. De ahí la obra jurídica de Vélez Sársfield, esa oveja descarriada de la proscripción. De ahí la obra

poética de Olegario Andrade y de José Hernández, henchidas ambas de un vigoroso ideal de nacionalidad. De ahí el florecimiento de la oratoria parlamentaria, en las tribunas de la libertad republicana. La necesidad de organizar la nación, –y como quien dice: de volver a crear la patria, –absorbe entonces las capacidades más fecundas. Nuestra literatura toma la entonación civil de la hora, de la empresa y del ambiente. La producción se hace casi exclusivamente razonadora, didáctica, jurídica, política. Aunque parezca extraño, se sueña y canta menos que en los años aciagos de la proscripción; los años de romántico lirismo y de sedentaria evocación, que vieron aparecer “La Cautiva”, la “Amalia”, el “Dogma Socialista” y los “Recuerdos de Provincia”. Tan es así, que Andrade, Guido, Gutiérrez (R.), se acercan más bien al quinto ciclo, o sea la época actual, como que florecieron después de 1880.

Al fijar la fecha de 1880 como término de ese cuarto período, no entiendo establecer un límite preciso, sino dar ubicación cronológica al acontecimiento, de suyo más difuso, que inicia una nueva faz en la historia de la sociedad argentina. Dije antes el Cabildo de Mayo, la ascensión de Rosas, la batalla de Caseros, y ahora digo la federalización de Buenos Aires. Tal era, ciertamente, el acontecimiento político que nos faltaba realizar para dejar consumada la organización del estado, forma legal de la nacionalidad. A la Constitución que había reunido las provincias preexistentes en un pacto de unidad, era necesario agregarle la ley que diese a las catorce provincias una ciudad neutral y fuese el foco de la civilización argentina. A “La Ciudad Indiana” que García describe, le había seguido “La Gran Aldea” que pinta López (L.). A ésta debía seguirle la ciudad moderna, cosmopolita, ruidosa, rica, que aparece a trozos, porque es ya muy compleja, en “La Bolsa”, de Julián Martel, o en el teatro de Florencio Sánchez.

Corresponde a este quinto período, o sea a la actualidad de las tres últimas décadas, la emancipación de la actividad literaria como función distinta de la política. Antes de nuestro tiempo, la literatura argentina ha sido crónica de convento en la obra de Lozano, ejercicio de retórica en las aulas de latinidad, letrilla ligera en la tertulia del señor Virrey; ha sido, posteriormente, arenga en las asambleas, proclama en los campamentos, sermón en los púlpitos, artículo en la “Gaceta”, himno en los certámenes, pero todo ello como apasionada o necesaria expresión de civismo, en los días heroicos de la emancipación; ha sido más tarde opúsculo volante en la nostalgia patriótica de los proscriptos, en los ataques contra

Rosas, en la discusión de los problemas institucionales: por eso escribe Echeverría su “Insurrección del Sud”, Mármol su “Amalia”, Sarmiento su “Facundo”. El período siguiente se muestra más reposado en sus pasiones, más desinteresado en sus propósitos, pero la literatura sigue viviendo a la sombra de la política, y sus principales libros, tales como el “Belgrano” de Mitre, que es historia y culto del héroe militar; y la “Luz del día en América”, que es sátira de nuestras democracias en forma de novela; y el “Martín Fierro”, poema de costumbres con sus gauchos victimados por las pequeñas tiranías rurales impunes en el desierto, -todas llevan el sello de la política, o por su tema, o por la mano marcial que las escribiera. El propósito de crítica social es evidente y repetido en el “Martín Fierro”:

*De los males que sufrimos
Hablan mucho los puebleros;
Pero hacen como los teros
Para esconder sus niditos:
En un lao pegan los gritos
Y en otro tienen los güevos.
Y se hacen los que no aciertan
A dar con la coyuntura
Mientras al gaucho lo apura
Con rigor la autoridad,
Ellos a la enfermedadá
Le están errando la cura (I, 12)*

Por eso el poema concluye con los siguientes versos:

*Y si canto de este modo,
Por encontrarlo oportuno,
No es para mal de ninguno,
Si no para bien de todos.*

Y cantos como el “Martín Fierro” deben de haber redundado “en bien de todos”, porque el desierto está pacificado y sembrado; porque la conciencia de

justicia va transformando la autoridad; y porque en la antigua aldea, hoy engrandecida por el trabajo y embellecida por la cultura, un poeta de larga cabellera vatídica, ha podido vivir y envejecer, tranquila y noblemente consagrado al culto silencioso de la poesía...

VII.

Una historia crítica de la Literatura Argentina, no podría reducirse a la división en cinco ciclos, que acabo de plantear. Es, como antes dije, una división ideada para facilitar su exposición didáctica, y vincularlas mejor a su propio ambiente. Dada la continuidad histórica del fenómeno literario, su historiador ha de mostrar esa continuidad, razonándola. El método de la simple descripción bibliográfica, no basta para ello, pues anarquiza y fragmenta la exposición. El método de las biografías tampoco sería por sí solo suficiente, pues apenas si mostraría la sucesión externa y material de "las vidas"; y en los casos de autores sincrónicos, obligaría a repeticiones enojosas. Conviene, pues, unir vidas y obras por el estudio del momento y del medio, para seguir la emancipación progresiva de la función literaria en nuestro país, para mostrar los sucesivos grados de educación estética, de maestría técnica, de cultura social, y señalar la creciente división de los géneros, la cotización de las obras, la lucha de las escuelas, la consideración popular y oficial por la persona de los artistas.

Estudiar nuestra vida literaria por la educación, la vocación, la profesión de nuestros escritores; su éxito, sus costumbres, su gloria; estudiar nuestro ambiente literario por la atención, la indiferencia, el gusto de nuestro público: su prensa, su teatro, su crítica; buscar para el autor el documento psicológico y para la obra el documento social; analizar las neurosis de Echeverría o de Sarmiento; aquilatar el éxito diverso de "Stella" y de "La Gloria de Don Ramiro"; seguir la evolución poderosa de nuestra prensa, desde la imprenta de la Casa de Expósitos hasta la actual profusión de diarios y revistas; ver las relaciones de la librería con el autor y su público, para esclarecer aspectos económicos y morales de nuestro problema editorial, trazando al paso la silueta de libreros tan diferentes como el noble Casavalle y el cicatero Garnier; describir nuestros efímeros salones literarios, nuestras sociedades de ideal y de arte, así la "Asociación de Mayo" y el "Ateneo de Buenos Aires"; mostrar la transformación de nuestro teatro como costumbre

social, desde la humilde “Casa de Comedias” del siglo XVIII hasta los actuales escenarios de drama y ópera extranjeros; descubrir lo que bajo un brillo de cultura mundana hay en nuestro ambiente, de trasplante perulero y de ignorancia aborigen; dilucidar la influencia de los viajes, así de los que nos han traído escritores célebres como France, y así de los que nos llevan a Europa obreros tan valiosos como el errante Angel Estrada; hacer en una palabra, que todos estos hechos dispersos concurren por animada y continua relación, a enseñarnos cómo ha evolucionado en la República Argentina “la vida literaria”, hasta llegar a formas de creación más intensa, -he ahí la tesis o lección ideal, que habría de ligar libros y autores a través de esa historia.

Oyese decir con frecuencia que nuestra literatura ha declinado. En estos mismos días, un hombre ilustre, ex ministro de Instrucción Pública, ha llegado a afirmarlo por la prensa. Yo veo, sin embargo, que los libros del país antes se regalaban y ahora se envían a la venta; que nuestros órganos de publicidad, viven a expensas de una producción continua; que un teatro nacional, de que antes carecíamos, ha nacido o comienza a nacer; que diez autores respetados por su obra, han conseguido hacer de la literatura una función aparte de la abogacía, de la milicia, de la medicina o de la política. Mi tesis es optimista, pero es optimista por esperanza. Es un patriotismo peligroso ese que niega la obra del presente y vuelve los ojos a las edades de oro de un pasado quimérico. Sólo a condición de confesarnos esta humildad del origen, podremos hacer del estudio de la Literatura Argentina una escuela de fe patriótica y de disciplinas estéticas. Larga es la senda que aun nos resta para andar, y si aun estamos lejos del ideal de cultura que perseguimos, no es porque hayamos retrogradado, sino porque hemos empezado desde muy atrás. Alabemos el “Triunfo Argentino”, por ejemplo; pero reconozcamos que sus estrofas se iluminan con la gloria de la hazaña marcial que aquéllas cantan. No confundamos el heroísmo cívico y el heroísmo intelectual. No confundamos, tampoco, en este recuento literario, la obra útil y doctrinaria de los pensadores, con el emocionado hallazgo de los poetas. No confundamos, en fin, al recorrer la Revolución, la Proscripción, la Organización, la gloria por lo general escasa de su obra “literaria”, con la gloria que sus autores conquistaron en los campos de batalla, en los parlamentos, en el gobierno, en la prensa. Hoy tenemos, o nos esforzamos por tener, una poesía lírica, una novela, un teatro, a la vera de

la política, según lo tienen las naciones civilizadas. Ese concepto estético, esa disciplina técnica, esa función "orgánicamente" practicada dentro de la sociedad argentina, es una conquista de las últimas décadas, o sea de las actuales generaciones. La historia que nos enseñe ese progreso de nuestra vida literaria, ha de educarnos en la fe del trabajo y en la esperanza de un período más brillante por la belleza y madurez de las futuras obras.

VIII.

La influencia internacional de las grandes renovaciones estéticas dentro de una literatura, suelen repercutir sobre las otras, generalizando en varios pueblos una influencia de arte. La comunicación habitual de unas naciones con otras, o la obra de un poeta arriesgado, suelen conducir a través de diversas lenguas una revolución literaria. Así se generalizan sus ideales o sus cánones, y lo que nació en Italia o Alemania, llega a ser una escuela europea. La reforma lírica de Garcilaso y Boscán en España, reconoce sus raíces en la Italia del Renacimiento, y ésta, que le prestaba sus modelos, plasmábalos no poco en las renacientes formas griegas y latinas: así, por ejemplo, la poesía bucólica. Igual cosa pudiéramos decir del Romanticismo, que nace en Francia, pero que se engendró en Alemania y corrió después por tan diversas y lejanas partes del mundo.

Dotados los pueblos de América de idiomas europeos, todas sus renovaciones literarias han repercutido en este lado del Atlántico. El inglés en los Estados Unidos, el portugués en el Brasil, y el español en el resto del nuevo mundo, han sido el vehículo natural que traía a estas nuevas naciones las ideas que estaban renombrando las letras en sus naciones de origen. Otras veces, la influencia inicial ha pasado, no ya de una nación europea a España y de ésta a América, sino que ha sido traída del idioma extranjero al nuestro, por algún innovador americano, como ocurre con Echeverría, que educado en Francia, trajo al Plata el romanticismo de 1830, o como ocurre con Rubén Darío, que descubrió en París el modernismo, hacia el año 1892. Unas veces, la mediación española fue exclusiva, según se ve en el clasicismo del XVIII: Albarden, Luca, López; otras se funde con la influencia francesa de Víctor Hugo y la inglesa de Byron, a través del poeta Echeverría, según se ve en el romanticismo ya señalado; otras, la influencia renovadora llegó primero al Plata, y fue de América a España, según ocurrió con el

modernismo, como hoy lo reconocen los críticos Rueda, Marquina, Valle Inclán y Francisco Villaespesa.

Un país tan entregado a influencias internacionales, como la República Argentina, y que las ha soportado desde sus orígenes en la economía, en la milicia, en el gobierno, no podía abstraerse a las revoluciones extranjeras, en esfera tan difusiva y vibrante como lo es la del arte y de sus ideas. Así la historia literaria de la República puede ser dividida por sus ciclos estéticos, a la manera como la hemos dividido por sus períodos cronológicos. Estos últimos ponen nuestra literatura en paralelismo con el medio social donde se ha ido formando; en tanto que sus ciclos estéticos la ponen en confrontación con la filosofía del arte europeo.

De estas escuelas estéticas, tres son las que han repercutido en el Río de la Plata:

- a) El clasicismo.
- b) El romanticismo.
- c) El modernismo.

Acaso debo con propiedad decir que sólo estas dos últimas han renovado nuestras letras, pues el clasicismo fue consubstancial con nuestros orígenes literarios. Vino con el curso de latinidad que disciplinaba la retórica del siglo XVIII. Fue la forma escolástica y convencional que sobrevivió a la gloria del Renacimiento. El Colegio de San Carlos y la Universidad enseñaban sus cánones. Los maestros jesuitas y los poetas españoles de la decadencia daban la pauta de la imitación. Nadie sentía ni pensaba por sí propio. El hipérbaton forzaba con frecuencia la asociación espontánea y elegante de las ideas. La nomenclatura mitológica, aprendida prácticamente en Virgilio y Ovidio, substituía a la visión directa de la naturaleza. El océano se llamaba Neptuno; Venus el amor; la guerra Marte y hasta Mavorte. El nombre de Marte suena en los versos del "Himno Nacional", a pesar del robusto sentimiento regional que los henchíe. Enseñábase a imitar de los clásicos la forma, para nosotros inexpresiva y seca de sus obras, y no el sentimiento de la naturaleza que las había creado. Sustituíase a la emoción y a la imagen, la fórmula y el concepto en la obra de los poetas. Lo que había sido "clásico", tornábase "clasicismo" La ley se hacía regla; la armonía viva del universo, equilibrio mecánico. Por eso en medio de la timidez general, la oda de Labardén al Paraná, sonó como una cosa audaz y nueva:

*Ven sacro río, para dar impulso
Al inspirado ardor; bajo su amparo
Corran como tus aguas nuestros versos.*

Y más sorpresa debieron causar aún aquellos versos de “La Cautiva”, por cuya primera décima entraba ya, triunfante y gloriosa, la visión infinita de la pampa, la húmeda luz de los cielos argentinos, el aroma rural de los pajonales, la yeguada huyente de los malones, como quien abriera al ámbito de la vida local, la ventana del claustro escolástico:

*Era la tarde y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes...*

O aquellos otros que dicen:

*A veces la tribu errante
Sobre el potro rozagante
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento ligeras,
Lo cruza cual torbellino
Y pasa; o su toldería
Sobre la grama frondosa
Asienta...esperando el día...*

En eso consistió el romanticismo: fuerte sentimiento de la libertad en la vida, que se traducía por la libertad del sentimiento en el arte. La nueva escuela, que fue una renovación cíclica de emociones, de costumbres e ideas, generó una política, una filosofía, una indumentaria. Ella rehabilitó la pasión y devolvió el sentimiento de la naturaleza. Todos los proscriptos vivieron un destino romántico, y lo fueron en la vida real, inconscientemente, antes de serlo por su doctrina estética. Sarmiento había abandonado primero San Juan, y escrito después el “Facundo”. Mármol había abandonado primero Buenos Aires, y escrito después la “Amalia”.

Ninguna doctrina se acomodaba mejor a aquel momento de nuestra historia, en que las almas superiores anduvieron errantes, misérrimas, proscriptas, nostálgicos de sus patrias y de sus novias, combatientes airados del despotismo, visionarios de la libertad. Ningún teatro se acomodaba mejor a las exigencias de esa escuela que incorporaba en sus poemas y sus novelas los seres y paisajes de las tierras vírgenes, que esta tierra del nuevo mundo, donde los propios maestros del género en Europa, como Chateaubriand y Hugo, habían hallado tema de leyendas y cantos.

IX.

Es sabido que al romanticismo lo siguió, al menos en ciertos géneros, el naturalismo de Zola. Tuvo este maestro numerosos lectores en la República Argentina, pero no tuvo prosélitos. Salieron en Buenos Aires las ediciones castellanas de algunas de sus obras, al mismo tiempo que lanzaba en Europa sus ediciones en francés. Esto da la medida de la extensión de su público, tan entusiasta hace diez años y hoy casi olvidado de él, como reflujo del neoidealismo estético contra la grosería de su escuela. Zola tuvo lectores, pero careció de prosélitos. Quizá esto se deba a que carecemos aún de novelistas, aunque tenemos una que otra novela, alguna muy significativa como documento de ambiente y reflejo cruel de nuestras costumbres políticas: me refiero al “Nieta de Juan Moreira”, de Roberto Payró.

A diferencia del naturalismo, el modernismo ha influido profundamente sobre nuestra literatura. Es una escuela que ha llegado a nosotros a través de escritores franceses: Leconte de Lisle, Verlaine, Albert Samain, Jules Laforgue, Rachilde, Gourmont, France, y posteriormente el italiano D’Annunzio, el inglés Oscar Wilde, el portugués Eugenio de Castro, el yankee Walt Whitman, y el precursor de todos: Poe.

Esta última renovación ha recibido diversos nombres en Europa y América. Fundada en una filosofía individualista, las “capillas” se multiplicaron. Escuela de idealismo, de libertad y de fantasía, no han escaseado en ella los extravíos grotescos. Escuela de renovación y de lucha, ha combatido en todos los terrenos y recibido nombres de escarnio. Ha habido en ella “instrumentistas”, “versolibristas” y “decadentes”, que es, con “delicuescentes”, su denominación más popularizada.

Sus resultados han sido de consideración en la técnica de la prosa y del verso, y su influencia ha llegado a la prensa, al cuento, a la crítica. El modernismo tuvo por centro al Ateneo, en la calle Florida, y por ser su historia acontecimiento de nuestros días, no podemos formular aún nuestro juicio desapasionado.

En cambio, es oportuno y fácil señalar en este párrafo, a propósito de revoluciones estéticas, dos rasgos característicos de nuestra evolución literaria: me refiero al sincronismo de nuestra poesía lírica con la del mismo género en toda la América española; y a los elementos de una poesía indígena regional que ha pugnado por mantenerse y florecer paralelamente a las escuelas exóticas.

El primero de los antedichos caracteres se ha revelado por una común manera de sentir y de cantar, que une como por un aire de familia, a todos los poetas de Hispano-América, en los sucesivos períodos de nuestra evolución literaria. Entiendo señalar con ello un carácter evidente de nuestra poesía lírica y no de los otros géneros, pues nuestro embrionario teatro nacional es un fenómeno regional rioplatense, exclusivo y genuino; en tanto que análoga localización podría demostrarse en nuestra prosa, doctrinaria o narrativa, con obras como el "Facundo", "Amalia", "Juvenilia" y "Las Bases". La poesía lírica, en cambio, ha vibrado por ritmos y emociones más generales, que la recorrían desde Méjico al Plata, en cada nuevo período. Acaso pueda decir que esa generalidad de las maneras del canto, incluya también a los poetas de España, como si se tratara de renovaciones comunes de toda el alma contemporánea, o de corrientes de vida que atravesaban el idioma todo. Por eso cuando un gran poeta ha aparecido en Buenos Aires, ha tenido seguidores e impugnadores en las regiones tórridas del norte, y el fenómeno inverso se ha producido en el sud, si había el poeta aparecido en Caracas o León. La juventud americana de las aulas y de los amores, ha sido siempre indicadora vigilante, solidaria y sensible de tales advenimientos en la raza. De ahí la fama de Manuel Acuña en Montevideo y Buenos Aires, o la de Andrade en Méjico y la Habana. Y es que hay una poesía hispanoamericana, clásica primero, romántica más tarde, modernista hoy. Cuando el poeta José Asunción Silva plañía en Bogotá su desolante "Nocturno", toda la América lo escuchaba con religioso silencio; del mismo modo que cuando Olmedo, a los comienzos del siglo, alzó en el Ecuador el "Canto a la Victoria de Junín", toda la América escuchó las estrofas que empezaban:

*El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
Al Dios anuncia que en el cielo impera.*

Y a fe que los pindáricos acentos de esa oda, ya parecían venir de las precedentes odas de Quintana, y aun continuaron resonando hasta los días del “Prometeo” y la “Atlántida”, como si estos acentos se dilataran retumbando, según la expresión de su propio verso, por “la inflamada esfera” lírica de un solo idioma y de una sola raza.

Carácter muy diverso de todo ello, nos presenta esa otra faz de la poesía argentina, que antes he definido como una tendencia indígena a crecer y florecer independientemente de las modas estéticas, de las influencias exóticas, del internacionalismo propio de nuestro idioma. Me refiero a la “literatura gauchesca”.

La historia de nuestra evolución literaria no podría prescindir de Ascasubi, de José Hernández, de Estanislao del Campo, como fundadores de una poesía que tendió a reflejar, por la simplicidad del relato, por el verismo de la descripción, por el regionalismo del vocabulario, la vida, las costumbres, el espíritu de nuestros gauchos y la emoción de las pampas y selvas nativas. Bajo sus toscas apariencias, la obra de tales poetas encierra los gérmenes originales de una fuerte y sana literatura nacional. Desdeñados aún por una parte de nuestro país, ellos han conquistado el aplauso de los más severos críticos españoles. Tal cosa es significativa, y si no realizan un definitivo ideal estético, marcan al menos un camino y plantean para la crítica argentina uno de sus más profundos y complicados problemas: saber en qué proporción debiera darse entrada a esa tendencia en nuestra literatura venidera y en los ideales de un arte nacional.

De los tres poetas mencionados, José Hernández, con su “Martín Fierro”, es el que sobresale; y casi diría que sálvase en él su género. Ascasubi carece de su vigor instintivo y lozano; del Campo de su espontaneidad y su realismo. Y si tales son sus predicamentos de técnica, de forma y de color, el “Martín Fierro” llega, por su unidad y por su asunto, a ser para la nación argentina algo muy análogo a lo que es para la nación francesa la “Chanson de Roland” y el “Cantar del Myo Cid” para la nación española.

Bartolomé Hidalgo había sido el precursor nominal de la poesía gauchesca en el Plata; pero ya el género existía desde los romances que se inspiraron en las invasiones inglesas, y acaso esté en ellos el lazo que lo liga a los elementos de la poesía payadoresca o popular.

Después del “Martín Fierro”, la forma gauchesca no parece haber prosperado en el verso argentino. Las tendencias cultas han triunfado en él; pero, en cambio, la emoción rural que inspira el gran poema de Hernández, ha irrumpido de nuevo en el teatro y la prosa narrativa, formas que antes no frecuentó. Eso es lo que nos revelan las obras de Joaquín González, Martiniano Leguizamón, Florencio Sánchez, Fray Mocho, Roberto Payró, dramaturgos y narradores de nuestros días. Parece que es en ellas donde van a salvarse las emociones de la tierra nativa, a menos que, para continuar viviendo en el verso, asuman las formas de la estrofa culta, como ocurre en los cantos de Rafael Obligado. El “Martín Fierro” ha sido el tipo literario de un momento social. Hoy no podríamos renovarlo sino por medios intelectuales o reflexivos, no emocionales. Es la poesía de la emoción territorial que generó en política el federalismo; como la “Atlántida” es la poesía del ideal civil que generó en política la federalización de Buenos Aires, y que hacía decir al propio Andrade, en otro de sus poemas:

*¡América! tus ríos te ofrecen ancha copa
La túnica del iris espléndido dosel,
Las selvas seculares son pliegues de tu ropa,
En tus desiertos cabe la vanidad de Europa,
Las razas del futuro te buscan en tropel.*

X.

He procurado, señores, en esta primera lección, establecer los límites y caracteres de nuestra materia. Acaso haya sacrificado la profusión del detalle a la vastedad del conjunto, y el brillo de la forma a la precisión de la palabra docente.

He dicho en otro parágrafo que quien se ve llamado a profesar en esta cátedra de “Literatura Argentina”, deberá no sólo dictar la asignatura sino crear la materia. He agregado que es una asignatura sin bibliografía. Quiero decir que carecemos de una “Historia crítica de la Literatura Argentina”, y agrego que esta

cátedra me daría ocasión de apresurar trabajos que vengo realizando en este sentido. Dicha asignatura ha figurado antes de ahora en los programas de los Colegios Nacionales; pero como parte de la literatura castellana o de la general. Es un nuevo signo del abandono en que hemos tenido los estudios patrios. De ahí que la literatura argentina nunca haya sido sino una bolilla del programa, y en el mejor de los casos, una lección presurosa, que, después de haber estudiado las letras de España en el inglés Fitz Maurice Kelly, se contestaba en clase por someros opúsculos.

Temas y materiales para enseñar esa historia, de acuerdo con el método que esta monografía pretende bosquejar, existen desde luego. Nos lo ofrecen más de tres siglos de vida mental en nuestro territorio. Si no tenemos obras, después de tanto ensayar el teatro, la novela, el poema, haremos la historia de nuestras tentativas. Si las obras que tenemos carecen de originalidad, haremos la historia de nuestras imitaciones y trasplantes. Donde la materia no ofrezca ejemplos de enseñanza, estoy seguro que ha de ofrecernos sugerencias de educación.

Las fuentes de nuestra historia literaria, se hallan en numerosos archivos privados y públicos, que he tenido ocasión de consultar. Epistolarios y memorias, guardan el detalle anecdótico, el rasgo de tiempo y de lugar, indispensable para reconstituir vidas y ambiente, costumbres y caracteres.

Todo ello constituye el abundante inexplorado material que utilizaremos en nuestros cursos de seminario.

Tal concibo yo la historia de nuestra literatura, no como una crónica bibliográfica, sino como una parte de la historia general, animada en medio de la vida del país y de la civilización. Una disciplina semejante habrá de ser utilísima, no sólo como complemento de cultura universitaria para nuestros doctores en letras, sino como instrumento profesional para nuestros profesores de segunda enseñanza. Pero su trascendencia más general se advierte cuando se piensa que, por trabajos de seminario, la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires podría, mediante esa cátedra, acumular los manuscritos y documentos necesarios para hacer esa historia; proceder a la edición crítica de algunas obras, como lo está haciendo la Junta de historia, procurar la restauración de textos corrompidos por editores sin escrúpulos, y tender a la difusión popular de nuestros mejores libros, para crear en las nuevas generaciones el sentimiento de que tenemos una tradición intelectual, y el ideal de que debemos continuarla y esclarecerla...

A servir ese ideal vengo a esta cátedra, y pláceme recordar que hace más de dos lustros, desertara yo de la universidad de Buenos Aires como aventurero de las letras, y al volver a incorporarme como profesor en sus aulas, siento profundo regocijo al ver que vuelvo con la misma divisa de mis aventuras juveniles. Ninguna prenda mejor que este recuerdo podría ofrecer a las autoridades de esta casa y a sus jóvenes alumnos, porque ese recuerdo afirma mi simpatía por el genio inquieto de la juventud, mi respeto por la independencia mental, mi culto por la libertad, por la belleza y por la patria. He dado a la obra de nuestra cultura todo lo que podía darle fuera de las aulas, y deseo interesar a mis discípulos en la misma fecunda empresa.

Nuestros padres llamaron a Buenos Aires, la Atenas del Plata. No lo olvidemos nosotros, ni olvidemos que en la Atenas antigua, el simulacro de Pallas coronaba la Acrópolis, como símbolo de las tradiciones y de los ideales helénicos.

Ricardo Rojas.